

SIMON J. KEAY (21-05-1954 - 7-04-2021)

Con una amabilidad exquisita, como es él, Pedro Rodríguez Oliva me pidió que escribiera unas palabras de homenaje en recuerdo de Simon Keay. Conocedor de nuestra sólida amistad creyó que era una persona idónea. Junto a otras cuestiones que entendía pudiera expresar, tan solo me pidió que hablase de su vinculación con Andalucía. Se trataba, sin duda, de una reivindicación razonable pues Andalucía y no solo la Baetica romana, desempeñó un papel fundamental en la formación personal y el desarrollo profesional de Simon. Ya, mientras hablábamos e inmediatamente después de colgar el teléfono, empezaron a bullir pensamientos y recuerdos. En primer lugar, su familia, sagrada para él, Nina, su esposa, James y Leo, sus hijos. También, los múltiples viajes, los múltiples caminos que recorrimos juntos, las múltiples experiencias en común; en definitiva, nuestra amistad y con ella la de nuestros muchos amigos y amistades en común.

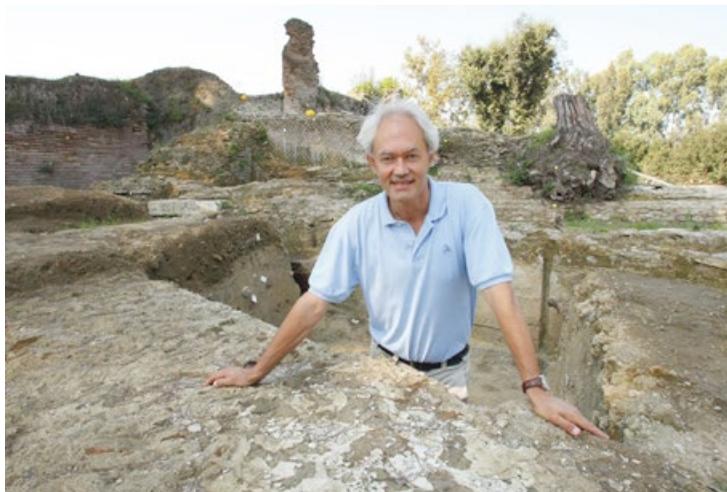
Todos nos apenamos profundamente con su fallecimiento y aquellos que ahora lean estas palabras, al igual que yo al escribirlas, lo revivirán y refrescarán sus recuerdos y experiencias personales con él. Sin duda, serán muchas y variadas, pues muchas eran sus amistades, aquí y en cualquier lugar donde pasara una estancia, por breve que fuera, pues su amabilidad y educación se lo permitían.

El sólido fundamento de nuestra amistad nos permitió desarrollar con éxito muchas de las acciones que emprendimos juntos y no me refiero solo a proyectos arqueológicos, también a vivencias que sobrepasaban lo profesional. Esa amistad verdadera, base de cualquier relación profunda, es la que nos permitió viajar, intercambiar ideas, pensamientos y sentimientos de

una manera espontánea, siempre con el convencimiento y la seguridad de una complicidad inmediata, donde no tenían cabida los malentendidos, ni los juicios.

Martin Millett, Isabel Rodá, Víctor Hurtado, y ahora yo, hemos sido unos auténticos privilegiados, pues, por nuestra sincera amistad con Simon Keay, se nos ha permitido expresar en público sus múltiples valores personales, así como su dilatado y brillante desarrollo profesional. La amistad es un gran don que posibilita la relación y comunicación entre las personas, que nos veamos, nos escuchemos, nos atendamos, nos comprendamos y nos toquemos, aunque esto último no era nada fácil en el caso de Simon. Por sus genes ingleses, era pudoroso y celoso de su intimidad. No se desenvolvía bien en las distancias cortas y pese a la fuerte influencia latina, los abrazos siempre supusieron para él una asignatura pendiente, aunque para suplirlos tenía múltiples recursos que activaba de manera innata y espontánea. Muchas veces una sonrisa o cualquier gesto suplía el efecto de ese abrazo.

Entre Martin Millet, su amigo y colega desde que en el año 1974 se conocieron mientras se matriculaban en el Instituto de Arqueología, un instituto de investigación independiente de la Universidad de Londres, con su necrológica en los *Papers of the B.S.R.*, Isabel Rodá en *Madridier Mitteilungen* y Víctor Hurtado desde la revista *Spal*, han expuesto un detallado correlato de su formación, su trayectoria académica y su abultada experiencia profesional, enfatizando sobre los trabajos arqueológicos por España e Italia e incluyendo su dilatada bibliografía. Para no ser reiterativo, ello me exime de la carga de incidir en



Simon Keay en las excavaciones de Portus

cuestiones ya referidas, que han sido expuestas con delicadeza y cariño por estos amigos. Me centraré, pues, en ciertos aspectos y vivencias conjuntas, que permitirán ahondar en el conocimiento de su personalidad, así como definir y valorar otros aspectos de su desarrollo profesional. También, como no, de Andalucía y de lo que a mi entender supusieron para él sus trabajos y estancias aquí y lo que, a su vez, ellos supusieron para nuestro mundo universitario, en especial, al menos inicialmente, en la universidad hispalense. Aquí, sin duda, el protagonismo lo tendrá Itálica y por ello me extenderé algo más, pues lo que se hizo en Itálica, en especial los logros obtenidos, constituyó un hito, un modelo a seguir y una carta de presentación a la hora de plantear nuevas acciones.

Conocí a Simon Keay en 1987, en los comienzos de ese año se celebraron en la ciudad de Málaga las II Jornadas de Arqueología en Andalucía. Organizadas por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, la coordinación académica correspondió al profesor Pedro Rodríguez Oliva. En ellas, al igual que había sucedido el año anterior en Sevilla, se expusieron los resultados de las actividades arqueológicas de carácter sistemático, con posterioridad

«Proyectos Generales de Investigación», desarrolladas durante la anualidad anterior por todo el territorio de la comunidad autónoma. Por allí andaba él, solo y aparentemente despistado. Recuerdo que en un receso de la primera tarde, junto con Víctor Hurtado, nos acercamos, presentamos y entablamos las primeras conversaciones, invitándole a que se integrara en el grupo que, acabada la jornada, como era preceptivo, departía y visitaba los bares del entorno antes de la cena. A la mañana siguiente nos sentamos juntos y fue *el comienzo de una hermosa amistad*.

Buen conocedor de Hispania romana, en especial de la Tarraconense, donde había completado estudios y focalizado sus primeros trabajos de campo (villa de Rosas, Ampurias y la villa de Vilauba), decidió despegar y emprender el vuelo, su propio vuelo, hacia la Baetica. Fue, sin duda, una decisión muy meditada y sopesada, como todo lo que hacía, en la que, sin lugar a dudas, influyó el profesor José Remesal, catedrático de la Universidad de Barcelona, natural de Lora del Río (Sevilla), la antigua Axati.

Por aquel entonces Simon Keay buscaba un yacimiento, en concreto una ciudad romana en la que poder desarrollar y dirigir su

propio proyecto de investigación y donde poner en práctica la metodología que estaba ensayando. El método consistía en compaginar la prospección superficial intensiva de recogida de materiales de naturaleza arqueológica con la geo-física, combinando resistividad y magnetometría, sin descartar el geo-radar. Una metodología muy apropiada y útil para grandes superficies, ya que, al menos inicialmente, no era necesario excavar para obtener información precisa y objetiva de los yacimientos. En lo personal, nunca le interesó la arqueología «objetual», sus objetivos siempre fueron de gran escala, urbana, interurbana y territorial.

Sin duda, ya tenía madurada la idea, aunque no tanto la forma de ponerla en marcha y de ejecutarla. Le faltaba la experiencia administrativa, cómo montar el proyecto para obtener el permiso de la administración competente, en este caso de la Consejería de Cultura. En mi calidad de responsable de la gestión administrativa de la arqueología en la provincia de Sevilla le ayudé a elegir el yacimiento más idóneo para sus intereses y desde esos momentos le facilité todo cuanto estaba en mis manos para que pudiera poner en marcha su proyecto de investigación sistemática, en el que también estaban involucrados el referido J. Remesal y John Creighton, de la Universidad de Reading, y con ellos un abultado número de alumnos británicos, entre los que se intercalaron algunos sevillanos, como Álvaro Jiménez y la licenciada Ana Romo, que se vinculó al estudio de los materiales cerámicos. Como gestor de la administración, muy preocupada por la protección y conservación del patrimonio arqueológico, las propuestas de Simon y su equipo resultaron muy atractivas y del máximo interés.

Entre otras posibles, la ciudad elegida fue Celti, propiedad de Junta de Andalucía, gestionada por la Consejería de Cultura, perteneciente al actual municipio sevillano de Peñaflor. Celti es un municipio Flavio, al igual que otros tantos, situado a orillas de la margen derecha

del río Baetis, entre Corduba e Hispalis, como también la citada ciudad de Axati (Lora del Río), Arva y Canama (ambas en Alcoléa de Río), Naeva (Cantillana), Ilipa Magna (Alcalá del Río), Italica (Santiponce) y Osset (San Juan de Aznalfarache), con Hispalis (Sevilla) frente a ella, en la margen izquierda. Ciudades romanas, todas ellas asentadas sobre enclaves protohistóricos habitados desde los siglos IX-VIII, a.C., que se abrían hacia la gran vía de comunicación que fue el Baetis, por donde daban salida hacia la Metrópolis sus productos agrícolas, especialmente el aceite de oliva envasado en ánforas locales de las que S. Keay era un gran conocedor, al igual que lo es el profesor J. Remesal.

Recuerdo que en plena canícula, en un día de 1989 en que el termómetro al sol marcó los 52°C, hice una visita de inspección rutinaria a Celti para ver el desarrollo de la actividad y sobre todo para saber si necesitaban algo, me acompañaba Antonio Pozanco León, Delegado Provincial en Sevilla de la Consejería de Cultura, que conoció a Simon en una visita anterior al despacho institucional. Conscientes ambos de la pésima situación en la que se encontraba el Conjunto Arqueológico de Itálica y con la celebración en ciernes de la Exposición Universal de 1992, le dimos traslado a Simon de nuestra intención de hacer algo en Itálica. Nosotros ya la habíamos visitado previamente y hablado de las carencias y necesidades que habría que abordar para atajar esa situación tan penosa en que se encontraba el yacimiento y por tanto su respuesta positiva no se hizo esperar. Nada le sonaba a nuevo y la propuesta le cautivó, ya que se trataba de Itálica, cuya importancia histórica y arqueológica conocía y cuyo suelo pisó en una visita realizada en 1983, aunque, como afirma en su prólogo al libro *Itálica Arqueológica* sus *impresiones fueron decepcionantes*.

Se diseñó y ejecutó un proyecto de investigación que, partiendo de la realidad arqueológica, pudiese delimitar el perímetro de esa



Última visita de Simon Keay a Itálica, junto con Fernando Amores y Álvaro Jiménez en la zona monumental existente sobre el Teatro, allí donde las últimas hipótesis plantean la existencia de un Aedes Augusti y un Aedes Adriani. Fotografía, José Manuel Rodríguez Hidalgo, 27 de mayo de 2015

Itálica proyectada por el emperador Adriano y evaluar su estado de conservación, para una posterior delimitación de la «Zona arqueológica de Itálica», como Bien de Interés Cultural (116 ha). Por Real Orden de su Majestad, don Alfonso XIII, de 13 de diciembre de 1912, Itálica ya contaba con la categoría jurídica de Monumento Nacional, aunque se trataba de una declaración literal en la que se reconocía el interés histórico y arqueológico de la antigua ciudad romana, pero no se definían sus límites físicos. Por ello, dadas las expectativas urbanísticas que en aquellos momentos tenía el pueblo de Santiponce, en cuyo término municipal se ubica la ciudad romana de Itálica, se hacía totalmente necesario contar con una delimitación precisa donde se definiese la protección urbanística del suelo que ocupaba la antigua Itálica. Obviamente, como arqueólogos nuestra curiosidad iba mucho más allá de la necesidad de la protección jurídica de un bien con incuestionables valores, conocidos y reconocidos a lo largo de los siglos; pues Itálica atesora, también, una dilatada y abundante historiografía y bibliografía desde el siglo XVI.

Los excepcionales resultados del proyecto pensado para Itálica y financiado por la Consejería de Cultura, superaron todas las expectativas, pues permitieron obtener una imagen general muy explícita de la Itálica de Adriano, así como conocer su proceso de construcción y de transformación hasta la antigüedad tardía. La geofísica, responsabilidad de David Jordan, con el empleo de técnicas de resistividad, magnetometría y geo-radar, nos mostró imágenes de enorme calidad y nitidez, que dejaban poco espacio a la subjetividad y a la duda. La clasificación y estudio de los abundantes materiales arqueológicos recogidos en superficie permitieron fechar los procesos constructivos y, por ejemplo, el estudio de los mármoles, aportado por Isabel Rodá, permitió reconocer por primera vez la procedencia de una enorme diversidad de los mármoles empleados en las construcciones, tanto públicas como privadas.

Grosso modo, podemos afirmar que se cumplieron y superaron con creces los planes inicialmente marcados, pues pudimos delimitar la ciudad, que era el objetivo de partida, pues,

de cara a su protección administrativa y delimitación del BIC «Zona arqueológica de Itálica», se hacía necesaria una delimitación objetiva de la ciudad. También quedaron colmadas nuestra curiosidad y nuestras expectativas más ambiciosas, algo que desde entonces ha concitado, a su vez, un mayor interés por excavar y exhumar lo mucho y variado que aún subyace bajo el subsuelo de las más de 34 ha, sobre las que se desarrollaron, en algo más de dos semanas del mes de abril de 1991, las referidas prospecciones. Básicamente, el personal técnico, con algunas excepciones, era británico mientras que la mano de obra necesaria para el desarrollo de la recogida de materiales se realizó con alumnos de la asignatura de metodología impartida por el profesor V. Hurtado. Como consecuencia de todo ello se localizó el circuito de murallas que delimitaba a la ampliación adriánea, se identificó una muralla tardía, toda la trama urbana, el trazado de las calles, así como nuevos edificios públicos, de enormes dimensiones y también enormes edificaciones privadas de carácter palaciego, como las ya excavadas desde finales del siglo XIX.

Además, el resultado de las prospecciones tuvo una repercusión directa e inmediata sobre el yacimiento, ya que, conociendo el trazado de las calles, las mismas, en 1994, se reprodujeron en la superficie, lo que sumado a las calles ya excavadas permitió proyectar y reproducir toda la urdimbre de los viarios. Es decir, se urbanizó, no para construir, cómo se habría hecho en época del Emperador, sino para excavar, permitiendo a su vez que el visitante obtuviera una percepción física y directa sobre la escala urbana de la ampliación proyectada por Adriano. En este aspecto recuerdo que Simon me comentaba lo bien que se veía y entendía Itálica desde cielo, cada vez que el avión en su aproximación a Sevilla la sobrevolaba. Naturalmente, por esas fechas no existía Google Earth, ni tampoco drones, y ver Itálica desde el cielo era un lujo. Además de las calles

se definió el circuito de murallas y se inició un proyecto para crear un parque que envolviera a la ciudad por sus límites norte y oeste.

Ahora, pasados los años, cuando Itálica aspira a ser reconocida por UNESCO como Patrimonio Mundial, es su urbanismo, arquetipo de ciudad adriánea, el «Valor Universal Excepcional» (VUE) que resalta la singularidad de la Colonia Aelia Augusta Italicensium (CAAI). Esta afirmación es, sin duda, otra de las consecuencias directas de los resultados obtenidos entonces. Sin ellos, Itálica no hubiese tenido argumentos sólidos con los que postularse con firmeza y solidez como candidata al reconocimiento que otorga UNESCO; una candidatura que el propio Simon Keay defendió con convencimiento y firmeza.

Pronto, prácticamente desde su incorporación al desarrollo de proyectos y tareas de investigación en Andalucía (1987), como universitario que era, al igual que sucedió en Cataluña, aquí empezó a contactar con los colegas de la Universidad de Sevilla y a involucrarse en el diseño y ejecución de otros proyectos y actividades docentes. Así, al terminar el proyecto de Itálica, en coordinación con el profesor V. Hurtado, S. Keay, fue el profesor responsable del programa Erasmus en la Universidad de Southampton. En él participaron algunos alumnos de doctorado que después han llegado a ser profesores del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la hispalense, como es el caso de Leonardo García Sanjuán, Daniel Rivero o Carlos Odriozola. El contacto con el Departamento de Southampton fue aprovechado además para incentivar el estudio interdisciplinar de territorios y su análisis a través de los Sistemas de Información Geográfica en las investigaciones del Departamento de Sevilla.

Gracias al programa Erasmus, Simon mantuvo una relación continua y fluida con Sevilla, así como un intercambio de profesores y becarios. Por ejemplo, Pablo Garrido se fue de

becario a Southampton y aquí llegaron otros como Graeme Earl y Kris Strutt que, siguiendo las directrices del maestro, se responsabilizaron directamente del proyecto de «Ciudades romanas de la Bética», donde el estudio de las relaciones visuales y territoriales se ampliaba con prospecciones arqueofísicas selectivas, como las efectuadas en 2004 en la ciudad romana de Siarum, término municipal de Utrera (Sevilla) y otras más.

En ese intercambio de relaciones, proyectos y personas entre ambas universidades, la prehistoria, los prehistoriadores supieron sacarle un mayor rédito, en especial tras la vinculación del profesor David Wheatley a las investigaciones del profesor L. García Sanjuán. En cuanto a la arqueología clásica destacar la tesis doctoral de Pablo Garrido González sobre el estudio del valle del Guadiamar y la conexión minera en época romana, donde pone de manifiesto el papel desempeñado por Itálica a partir del principado de Augusto, codirigida por S. Keay y V. Hurtado.

Desde 1987, hasta los principios del presente siglo, primando siempre sus obligaciones académicas en su universidad de Southampton, Simon estableció una vinculación muy estrecha con la Baetica y con Sevilla en particular, sin descartar contactos de diversa índole con otras ciudades y universidades de Andalucía; así con Arturo Ruiz en Jaén, Juan Campos en Huelva, Darío Bernal en Cádiz, Pedro Rodríguez Oliva en Málaga o Desiderio Vaquerizo y Carlos Márquez en Córdoba. Todo ello, claro está, sin olvidar Cataluña y sus amistades de allí.

Entre el abultado equipaje cargado de experiencias, conocimientos y amistades que trajo de la Tarraconense se encontraba El Fari. Supo de su existencia y canciones escuchando la radio para familiarizarse con el idioma, tanto catalán como español. Le generaba hilaridad y solía ser motivo fácil para la broma y la distensión. Al escucharlo sonreía e incluso lo

imitaba. Tenía dotes para la imitación y disfrutaba con los chistes, en especial con los juegos de palabras. Cuando tomé conciencia de este «punto débil» le compré un CD, que permanecía en la guantera del coche y era frecuente que alguna de sus canciones sonara durante nuestros múltiples viajes por toda España y como era generoso, compró otro, creo que para regalárselo a Martin Millett, algo que solo con pensarlo le provocaba su risa más pícaro e irónica.

Aquí se sentía bien, muy bien. Necesitaba respirar Sevilla, le gustaba mucho y aunque fuese por unos breves días y a pesar del calor, que soportaba de manera admirable, venía. Se desprendía de sus múltiples compromisos y obligaciones, y una vez aquí sus compromisos y obligaciones eran con la ciudad y para él. Era madrugador y temprano se echaba a la calle para pasear aquellas partes de la ciudad que más le gustaban y les aseguro que eran muchas.

Una de sus visitas obligadas y más íntimas era a la Basílica de la Macarena a ver a la Virgen. La primera vez que la vio fue en la madrugada de 1991, mientras estábamos trabajando en Itálica. Entonces, la vio en la máxima plenitud y majestad de su recorrido procesional. Recuerdo que le sobrecogió y desde entonces, cada vez que venía iba a visitarla y al igual que hacen muchos sevillanos, entraba a verla y saludarla, sin más. Esa fascinación se la transmitió con igual sensibilidad y devoción a Leo, su hijo menor. Recuerdo que en el primer viaje de Leo a Sevilla, siendo aún un crío, dentro de la Basílica, de una manera muy afectiva y pausada, casi susurrando, le explicaba el poder de las imágenes, de ella en particular y de la tradición ancestral que en Andalucía existe, desde la prehistoria, a las deidades femeninas. Algo que yo ampliaba con algunos aspectos más particulares.

Otra de sus tareas era acudir a la librería Cefiro, hoy desaparecida, donde en su lugar hay un horno y despacho de pan. A los más

cercanos solía avisar de su llegada y por ello iba al Departamento de Prehistoria y Arqueología a saludar y despachar con los colegas, con Paquita Chaves, con Pepe Beltrán, con Pilar León, con Enrique García Vargas y con cuantos se cruzara por los pasillos. A otros, como a Fernando Amores solía verlo fuera de la Universidad, en sus excavaciones o en los momentos de distensión.

Solía quedarse en casa, en casa de Víctor Hurtado o en cualquier hotel, aunque sus últimas preferencias le llevaban siempre al hotel Amadeus, un hotel que convoca a músicos y melómanos como era él. En sus venidas, otro de sus intereses era ver las excavaciones en curso, no sólo las de Sevilla y las jornadas solían concluir en algún bar. Pronto se corría la voz de su presencia y empezaban a desfilar amistades y colegas con los que beber algunas cervezas y departir. Entre sus preferencias estaba el Bar Manolo, en la Plaza de la Alfalfa, hoy también desaparecido, donde se convirtió en parroquiano y por ello Juan, uno de los dueños y camarero, se alegraba de verlo o preguntaba por él. Por vivencias como estas, puede afirmarse que Simon no era un guiri, al menos aquí, jamás tuvo esa consideración y jamás escuché a nadie usar ese apelativo para referirse a él. Tampoco era un «curioso impertinente», calificativos con los que solían definirse a los viajeros románticos, especialmente ingleses, durante el siglo XIX. Era, sí, muy curioso pero escrupulosamente respetuoso y muy educado. Tampoco era dogmático, era de mente abierta y respetaba las opiniones de cuantos se le acercaban para preguntarle o plantearle hipótesis de trabajo, que escuchaba con atención y paciencia, por muy disparatadas que fueran y muchas, sin duda, lo eran.

Durante estos años vivió muy de cerca la evolución de los grandes proyectos y excavaciones en Andalucía, necesitaba mantenerse informado de todo cuanto acontecía y sobre todo ver. Había viajado y visto mucho, era

muy cosmopolita, por ello su formación además de académica era muy empírica, se basaba mucho en lo que sus adiestrados ojos habían visto, tenía, pues, una excelente memoria fotográfica. Durante algo más de veinte años fue testigo de lo mucho que se intervino en Andalucía, una lista interminable para reproducir aquí; desde Cercadillas (Córdoba), Antiquarium (Sevilla), Turobriga (Huelva), Singilia Barba (Málaga) o Puente Tablas (Jaén) por citar solo algunas actuaciones vinculadas al profesorado universitario con el que mantenía contacto; aunque fueron muchísimas más ya que, por ejemplo, durante esos años se efectuaron más de trescientas actividades arqueológicas en Sevilla y provincia.

También, como no, estaba Itálica. Itálica siempre nos convocaba, siempre estaba presente y junto a la Macarena era una visita obligada y casi sagrada, al igual que pisar la Gran Venta de Itálica. El lugar del mundo donde más se ha hablado de Itálica y donde todo el equipo comía en comunidad durante los días que trabajamos en nuestro proyecto. Junto a la familia, siempre la familia, Itálica era uno de nuestros temas de conversación telefónica; frente a otros medios posibles, para comunicarnos preferíamos la palabra.

Sin lugar a dudas era un hispanista, viajó a España y la recorrió; en gran parte juntos, con el Fari y «la mapa» en la mano —nunca consiguió definir su género—, pues le gustaba tener la referencia territorial de por donde se movía. Sin duda, fueron muchos los sitios que visitamos y los kilómetros recorridos, Tiermes, Valeria, Segobriga, Uxama, Baelo Claudia, Castulo, Numancia, San Baudelio y otras varias iglesias de la época, el castillo califal de Gormaz, solo por citar algo. Le interesaba todo, no solo los yacimientos arqueológicos. Compartíamos la necesidad de buscar sitios donde el silencio era el que convocaba, recuerdo la fascinación y sobrecogimiento que le produjo entrar en el Monasterio de Silos para escuchar

y cantar las vísperas en una gélida tarde de invierno. Era un gran melómano, tenía un excelente oído, le venía de familia, su padre lo fue y su hijo James es músico. Además de libros, compraba música, en especial antigua, de las tres culturas, cantada e instrumental y la sacra.

Otro de los lugares que le sobrecogió fue Castro Baroña (La Coruña), donde disfrutamos de una mágica puesta de sol que silueta el discurrir de una manada de delfines. También estaba Leo que una vez en Santiago de Compostela, nos entretenía con sus trucos y juegos de magia con cartas.

Simon Keay era un hispanista y se sentía hispano, pero llegado el momento, cuando maduró después de reconocer el valor y peso de Hispania dentro del Imperio, al igual que hacían las ánforas olearias, viajó hacia la Metrópolis para acabar fondeando en Portus. Era el turno de la Capital, pero al ser de provincias, lejos a adentrarse en la vorágine de la Urbe, prefirió centrar sus investigaciones en unos de los lugares más sobresalientes, su puerto, para desde allí comprender la relación de Roma con las Provincias y en cómo se reflejaba la Capital desde ese enorme espejo.

En el año 1997 obtuvo la cátedra en Southampton y a partir de entonces elaboró un ambicioso proyecto de carácter internacional que abarcaba todo el Mediterráneo. Le interesaba el comercio y todo tipo de relaciones, y para ello seleccionó un total de 30 puertos romanos distribuidos por nueve países, desde Turquía a España. «Rome's Mediterranean Ports» era el título del proyecto, que consiguió una Advanced Grant y una considerable fuente de recursos por el European Research Council.

Una vez en Roma él era el anfitrión, el que convocaba y recibía a sus amigos y colegas de provincias. Tenía fijada la residencia en la British School at Rome (BSR), de la que llegó ser su director desde 2006, en sustitución de Andrew Wallace-Hadrill, quien desde la institución supo introducirlos, a él y a Martin Millett,

en la dinámica arqueológica italiana. También aquí Simon supo desenvolverse con soltura, ya que además del aval de su abultado currículum, tuvo que dar muestras de sus enormes dotes diplomáticas, ya que en Italia las cosas resultaban más complejas y singulares que en España. Previamente, a modo de estrategia, ambos se involucraron en el «proyecto de las ciudades romanas del Valle del Tiber» de la BSR y en 1997 se desarrolló la primera anualidad de trabajo en Falerii Novi. Me invitaron a participar en el proyecto, algo que posibilitó el reencuentro con algunos de los técnicos que participaron en Itálica. Recuerdo que en pleno vuelo hacia Roma el piloto anunció el asesinato por parte de ETA del concejal Miguel Ángel Blanco. La magnetometría completa de la ciudad aportó unos resultados espectaculares lo que posibilitó fijar una estrecha colaboración entre la BSR y la Universidad de Southampton. Había superado el primer reto.

De estos momentos y de otros encuentros posteriores en Roma y Portus, son muchos los recuerdos, viajes, visitas selectivas a lugares no turísticos, charlas en la BSR, paseos, encuentros con colegas, etc. El Panteón siempre era una visita necesaria, un espacio para la observación silenciosa. Muy cerca de ahí está la Taverna Coppelle, un lugar frecuentado que estando presente Simon tenía su obligada continuidad en la heladería Giolitti, para rematar en la Tazza D'Oro, donde después de saborear un café *ristretto* se le encendían los ojos, esbozaba una sonrisa ilimitada y hacía girar el dedo meñique de su mano derecha sobre la mejilla, como símbolo de un placer sublime, al tiempo que paladeaba el aliento con un sonido propio del regusto. Era este un ritual que, por su exquisita educación, solo practicaba entre los muy amigos.

Sus últimos años se centraron en Portus, allí aplicó la Sabiduría después de haber concluido su formación educativa y profesional en Cataluña y haber madurado y afianzado

conocimientos en Andalucía. Puede concluirse que estas son las tres etapas de sus proyectos arqueológicos. Con Portus, junto a varios libros, multitud de artículos en revistas especializadas y programas de televisión, le llegaron nuevos reconocimientos. En 2016 fue elegido miembro de la Academia Británica y en 2018 nombrado miembro del comité científico asesor del Parco Archeologico di Ostia. En Portus, el 21 de mayo de 2022, coincidiendo con la fecha de su cumpleaños, las autoridades civiles y académicas, con la presencia de su equipo de trabajo y la representación familiar a cargo de su hijo Leo, se le rindió un emotivo y más que merecido homenaje. Por otra parte, está próxima a su presentación la magna publicación de homenaje que le brinda su Departamento de Arqueología de la Universidad de Southampton, con la participación internacional de multitud de amigos y colaboradores, cuya coordinación de la edición ha correspondido a su discípulo, responsable de las prospecciones arqueofísicas de Portus, Kris Strutt.

Si en lo profesional estos fueron sus proyectos y éxitos, en lo personal creo que fue su hijo Leo. Fue, sin dudas, su proyecto más personal, uno de los objetivos de su vida que le aportó multitud de satisfacciones. Fue su alumno predilecto, el más querido. Desde la preadolescencia, siempre con el consentimiento de Nina, su madre, en sus múltiples viajes de estudios solía disfrutar de su compañía y aprovechaba cualquier receso laboral para dedicárselo a su educación y formación, eran

unas continuas clases particulares. En ese proceso de educación continua y exclusiva, Simon me recordaba a los preceptores del Grand Tour, pero en el caso de ellos dos sus viajes sobrepasaban las fronteras del Imperio Romano y se extendían por los cinco continentes. Ambos mantenían una relación muy estrecha.

Simon tenía un altísimo nivel de responsabilidad y por ello hasta los últimos días estuvo intentando concluir con sus compromisos y obligaciones. Junto a esa responsabilidad innata creo que en esos últimos días el trabajo representaba para él una sensación de perdurabilidad, un legítimo apego a la vida, a lo creativo y al mérito, algo que consiguen pocos, y sin los que no existiría ninguna cultura. Morir significa despedirse de ideas, convicciones y seres queridos, por ello son muy pocos los que son capaces de aceptar la muerte. Seguro que además de la enfermedad en esos momentos finales a Simon le acechaban las dudas y por ello, además de estar y sentirse rodeado por su familia tenía junto a su cama un azulejo de la Macarena, a la que sin duda se encomendó. Los que vivieron con él esos momentos finales, en especial Leo, fueron muy afortunados. Él en aquellos viajes disfrutó de sus conocimientos y sabiduría pero ahora, además, tuvo el privilegio de acompañar a su padre en el último viaje, en el trance de la muerte dándole y compartiendo la paz del momento.

Querido Simon, STTL.

José Manuel Rodríguez Hidalgo

BIBLIOGRAFÍA

- KEAY, S. (1999): «Prólogo», en A. Caballos Rufino, J. Marín Fatuarte y J. M. Rodríguez Hidalgo, *Itálica Arqueológica*, Sevilla: 11-13.
- HURTADO, V., (2021): «In memoriam Simon J. Keay, 21 de mayo de 1954-7 de abril de 2021», *Spal*, 30.2: 10-13.
- MILLETT, M., (2021): «Simon Keay (1954-2021)», *Papers of the British School at Rome*, 89: 1-8.
- RODÁ DE LLANZA, I., (2021): «In honorem et memoriam Simon Keay, adlectus inter hispanos (1954-2021)», *Madrider Mitteilungen*, 62: 584-596.
- RODRÍGUEZ HIDALGO, J. M., KEAY, S. J., JORDAN, D. y CREIGHTON, J. (1999): «La Itálica de Adriano. Resultado de las prospecciones arqueológicas de 1991 y 1993», *Archivo Español de Arqueología*, 72, n.º 179-180: 73-97.